



Sociológica

ISSN: 0187-0173

revisoci@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana

México

Alfie Cohen, Miriam; Méndez B., Luis H.

La sociedad del riesgo: amenaza y promesa

Sociológica, vol. 15, núm. 43, mayo-agosto, 2000, pp. 173-201

Universidad Autónoma Metropolitana

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305026539006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Sociológica, año 15, número 43, pp. 173-201
Mayo-agosto de 2000

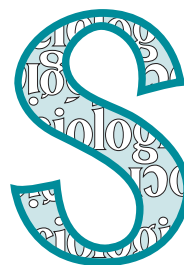
La sociedad del riesgo: amenaza y promesa

*Miriam Alfie Cohen y
Luis H. Méndez B.**



RESUMEN

La reflexión de dos destacados sociólogos de la modernidad, Anthony Giddens y Ulrich Beck, nos sirve para cuestionar los pormenores de un nuevo tiempo mundial que, a pesar de su tendencia al caos, contiene la promesa de construcción de una nueva sociedad más libre y democrática, con la presencia de un sujeto social que se define desde el individuo y es capaz de transformar el sentido, la forma y el contenido de la sociedad civil.



* Profesores investigadores del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Correo electrónico de Miriam Alfie: <mac@correo.azc.uam.mx>, de Luis Méndez: <luhmeb@aol.com>.





PRESENTACIÓN

UNA DE LAS preocupaciones centrales de la sociología ha sido el estudio, la descripción y el análisis de las sociedades modernas. Las transformaciones que las sociedades tradicionales presentan, sus cambios estructurales (innovaciones económicas, políticas y sociales), las acciones sociales y la conformación de nuevas identidades, son fenómenos que han sido ampliamente estudiados desde diferentes corrientes y autores. Si bien esta discusión es central, a partir de fines de los ochenta surge una corriente sociológica que trata de analizar a la modernidad en sí, sus características específicas, sus retos y los riesgos que ella encierra. Se hablará de modernización tardía o reflexiva, entendiéndola no sólo como reflexión, sino como autoconfrontación de la modernidad consigo misma.

Para autores como Ulrich Beck, Anthony Giddens o el mismo Niklas Luhmann la discusión actual y central de la sociología no son ya las transformaciones de una sociedad tradicional a otra moderna, sino las características propias que adopta la modernidad tardía, reflexiva, sobre todo en Europa Occidental. Para ellos las sociedades modernas desarrollan un típico modelo industrial y tecnológico que conduce a una serie de cursos de acción, de efectos que provocan riesgo, contingencia y peligro no sólo para las existencias colectivas sino también para los individuos.

Por ello, en las sociedades modernas avanzadas se produce la coexistencia problemática entre la expansión de opciones y la de los riesgos, ambas indisolubles pues, por un lado, así como se dan nuevos movimientos y fenómenos sociales entre los que destacan la lucha



por los derechos de la mujer, las iniciativas ciudadanas frente a las centrales nucleares, los conflictos regionales, las luchas religiosas o el cuidado ambiental, etcétera, por el otro, la ciencia se enfrenta a una duda metódica con relación a sus fundamentos y aplicaciones que generan efectos sociales no deseados entre posibilidades y riesgos.

El plano en el cual se desarrollan estas propuestas teórico-políticas está demarcado tanto por el proceso de globalización como por la famosa tercera vía propuesta en Europa Occidental. Nos parece importante señalar los principales cuestionamientos y categorías que estos autores presentan sobre la modernidad, la globalización y la construcción de nuevos sujetos en las sociedades democráticas desarrolladas. Por ello, nuestra intención en este artículo es mostrar cómo desde referentes teóricos como los propuestos por Giddens y Beck podemos analizar una nueva modernidad, reflexiva o tardía y las consecuencias sociopolíticas que ésta conlleva en el plano mundial, mostrando sus efectos tanto en los individuos como en diferentes movimientos sociales.

MODERNIDAD REFLEXIVA

Cuando hablamos de modernidad reflexiva —o tardía— nos referimos a una particular etapa del desarrollo capitalista, definido por la contingencia y el riesgo. “...el tránsito de la época industrial a la de riesgo, se realiza anónima e imperceptiblemente en el curso de la modernización autónoma conforme al modelo de efectos colaterales latentes” (cf. Beck, 1997b: 202). Es decir, no es que las sociedades adopten un modelo de riesgo, sino que el propio desarrollo industrial conduce a esta opción no elegida; los procesos de modernización son ajenos a las consecuencias y peligros que cuestionan, denuncian y transforman los fundamentos de la sociedad industrial. Es más, el mayor conocimiento, la mayor reflexión, no garantiza el control total de los efectos y peligros a los que hoy estamos expuestos. En este sentido, la modernización reflexiva expresará la autoconfrontación de los sujetos con los efectos que genera la sociedad de riesgo, resultados que no pueden ser medrados y asimilados por los parámetros institucionalizados de la sociedad industrial.

Para Beck, en la sociedad de riesgo existe una relación de lo reflexivo y la reflexión. Las sociedades modernas se confrontan con los



fundamentos y límites de su propio modelo al mismo tiempo que no modifican sus estructuras; no reflexionan sobre sus efectos y privilegian un continuismo industrial. Existen tres ámbitos en los que se puede observar los cambios anteriormente descritos: a) la finitud de los recursos naturales que fueron degradados y utilizados de manera extensiva por las sociedades industriales; b) los peligros suscitados por la sociedad industrial que llevan a un cuestionamiento profundo sobre la seguridad y abarcan el terreno de las ciencias, las identidades, las acciones sociales y las decisiones políticas; y c) el deterioro, la descomposición y el desencanto de los referentes colectivos que mantenían unida a la colectividad (las ideas de progreso, las seguridades, etcétera) Así,

...se entiende por modernización reflexiva una transformación de la sociedad industrial, que se produce sin planificación y de manera latente en el transcurso normal, autónomo de la modernización y que apunta bajo tres aspectos al invariable e intacto ordenamiento político y económico: una radicalización de la modernidad, que desvincula a la sociedad industrial de sus perfiles y premisas y que, a causa de lo cual, abre paso a otra modernidad —o a la contramodernidad (Beck, 1996: 233).

La conjunción de estos elementos da pie al proceso de individualización, donde el sujeto se encuentra inmerso en las turbulencias de la sociedad mundial del riesgo. “Los hombres deben entender su vida, desde ahora en adelante, como estando sometida a los más variados tipos de riesgo, los cuales tienen un alcance personal y global.” (Beck, 1997b: 205). Las decisiones personales son arriesgadas, porque no pueden seguir con los modelos establecidos, las diferentes acciones sociales vividas en roles tradicionales se convierten en riesgos, mientras que los peligros sociales (flexibilización del trabajo, relaciones laborales), técnicos (alimentos modificados, ingeniería genética) y globales (deforestación, agujero de ozono) son soportados y distribuidos como condición existencial con todas sus contradicciones indisolubles.

Si bien los efectos de la sociedad industrial hoy son detectados y analizados en los países desarrollados, lo interesante es que aun allí no se han modificado ni las instituciones ni las formas de conocimiento para profundizar en los graves peligros que este modelo ha propiciado. Pensamos que si en los países de Europa Occidental o los Estados Unidos estos estudios son las primeras aportaciones a un cuestionamiento



amplio sobre la sociedad industrial y tecnológica, en las economías emergentes poco o nada se conoce sobre la problemática, se sigue funcionando en un papel netamente industrializador, donde el progreso es medido por la capacidad de atraer mayores inversiones a través de industrias transnacionales, o de alianzas estratégicas con capitales mundiales, o básicamente en modelos maquiladores que fomentan el empleo, pero, junto a ello, incentivan también la contaminación, el deterioro del ambiente y la precariedad en la salud y calidad de vida de los habitantes.

Puntualizaremos ciertas categorías clave que han dado pie a la concepción de modernidad reflexiva para, a partir de allí, entender, comprender e interpretar las diversas y contradictorias realidades que desde hace unos cuantos lustros le vienen cambiando el perfil social al mundo. Utilizaremos las aportaciones de Anthony Giddens y Ulrich Beck, especialmente las relativas a las concepciones espacio-tiempo, destradicionalización, individualización, subpolítica y el concepto de globalización y los nuevos movimientos sociales.

TIEMPO-ESPACIO Y DESTRADICIONALIZACIÓN

Para Giddens, uno de los elementos clave que define la modernidad reflexiva es la relación directa que ésta asume con el riesgo cotidiano. Las decisiones que las sociedades industriales han tomado conducen a consecuencias no previstas, a riesgos patentes producto del avance industrial y tecnológico. Este autor describe la vida social moderna a través del proceso de desmembramiento (desanclaje, desvinculación) el cual implica dos situaciones: a) un profundo proceso de reorganización del tiempo y el espacio —mecanismos que liberan a las relaciones sociales de la influencia de los emplazamientos locales recombinándolas a través de amplias distancias espacio-temporales— y b) el vaciamiento del contenido tradicional —acabar con la costumbre de los contextos locales de acción (Giddens, 1993: 32).¹

El marco que este autor delinea establece como categorías fundamentales al tiempo y al espacio, los cuales adquieren un papel totalmente

¹ El desmembramiento puede leerse también como desanclaje, para Giddens significa “despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales.



distinto al que tenían en las sociedades tradicionales. En la modernidad tardía, el tiempo y el espacio dibujan y establecen experiencias que fragmentan y tienden a dispersar las acciones sociales. A diferencia de las sociedades tradicionales donde el tiempo estaba estrechamente conectado con el espacio, la modernidad paulatinamente separará el espacio del lugar, de la localidad, tratando de fomentar las relaciones entre sujetos a distancia. Los aspectos locales son penetrados por influencias sociales que se generan en diferentes latitudes.

La diferencia substancial que existe entre las sociedades tradicionales y las modernas radica en la separación que se da entre el espacio y el tiempo. La separación provocada por la modernidad hizo que las prácticas sociales no estuvieran vinculadas a la localidad, sino determinadas por prácticas a distancia. Esta separación implica un sinfín de posibilidades de cambio en los hábitos y las experiencias locales. Para este autor, el desanclaje y el distanciamiento entre espacio y tiempo se da a través de dos mecanismos: las señales simbólicas y el sistema de expertos.²

Las señales simbólicas y el sistema de expertos cobran fuerza por la confianza que de ellos se desprende; es decir, la fiabilidad en la que descansan las instituciones de la modernidad, lo que no significa que el riesgo esté superado. Riesgo y fiabilidad van entrelazados, el papel que juega la fiabilidad será el de tender a reducir o minimizar los peligros a los que están sujetos ciertas actividades. “En todos los escenarios de fiabilidad, el riesgo aceptable cae dentro de la categoría del conocimiento inductivo débil y en tal sentido, prácticamente siempre se produce el equilibrio entre fiabilidad y cálculo de riesgo” (Giddens, 1993: 44). Sin embargo, el autor establece que hay riesgos incalculables, donde la puesta en práctica de escenarios se convierte en pieza fundamental de análisis.

Mientras la tradición rinde homenaje al pasado y valora símbolos y significados e integra el control de la acción con la organización del tiempo y el espacio (las actividades, los rituales y las festividades, es decir, todas las acciones sociales e individuales están referidas a la

² Las señales simbólicas son mecanismos de intercambio reconocidos globalmente, manejados por individuos o grupos en una coyuntura dada (el dólar, las señales de tráfico, etcétera); mientras el sistema de expertos se refiere a los logros técnicos o de experiencia profesional que organizan la vida material y social (los inventos, la alta profesionalización o los propios avances tecnológicos); dispositivos que rompen con la localidad y que establecen vínculos globales reconocidos por todos.



unión local, espacial, temporal), la modernidad reflexiva se caracteriza por los procesos de vaciamiento de esa tradición. Así, las actividades locales hoy están influidas e incluso determinadas por acontecimientos remotos. Lo individual y lo local se relacionan de manera directa con lo global. “Esta extraordinaria interconexión (que se está acelerando todavía más) entre las decisiones cotidianas y las consecuencias globales, junto con su opuesto, la influencia de los órdenes globales en la vida individual, constituye el tema clave de la nueva agenda” (Giddens, 1997: 77).

Así, uno de los factores eje para Giddens será analizar la tradición y los efectos que la modernidad ha infringido en ella. El autor asienta que el papel fundamental de la tradición es la repetición de actos que de cierta forma funcionan como cemento de la sociedad. Sus particularidades descansan en: a) el control del tiempo, tanto pasado como futuro, que presupone la permanencia y le dan un carácter orgánico y natural, b) el referente permanente a la memoria colectiva que implica el ritual, la verdad no cuestionada y guardianes que la defienden, c) la creación de identidades definidas por el nexo existente entre verdad y ritual que distingue entre los de “adentro” y los “otros”, y d) la existencia de una autoridad definida por la edad o el saber único, absoluto. Sin embargo, el vaciamiento de la tradición es un proceso que la modernidad ha procurado. Todas estas particularidades han sido mermadas. La separación espacio-tiempo; el desarrollo de la ciencia y la razón que hoy cuestiona las verdades únicas; las nuevas identidades que trascienden espacios locales y nacionales y la existencia de sistemas de expertos, cada vez más especializados, rompen y sustituyen los preceptos en los que se sustenta la tradición: actos repetitivos, creencias religiosas, mercados locales, etcétera.

El vaciamiento de las sociedades tradicionales conduce a una serie de incertidumbres que ponen en riesgo la seguridad del individuo, el cual busca un reanclaje que le permita acceder a ciertas certezas, actos postradicionales: la pulsión emocional a la repetición o la compulsión de actos que conducen a adicciones, son actividades reiteradas que logran que permanezcamos unidos al único mundo que conocemos. En las sociedades postradicionales, la rutinización se vuelve vacía, no hay lógica, ni autenticidad moral. “El que hoy podamos hacernos adictos a cualquier cosa —a cualquier aspecto de estilo de vida— indica hasta qué punto es comprensiva la disolución de la tradición” (Giddens, 1997: 94).



En contextos postradicionales, no tenemos otra opción que elegir cómo actuar y cómo ser. No hay nada dado, nada natural, ningún orden permanente. El estilo de vida se convierte en la conformación a elección de nuestra identidad. Nos definimos y construimos cotidianamente. Y así como las identidades locales construidas por el nexo entre ritual y verdad incuestionable perecen o quedan latentes hasta nuevo aviso, los guardianes de la tradición son sustituidos por el conocimiento experto desarraigador, que no está vinculado a verdades incuestionables, sino a la duda permanente del conocimiento, el escepticismo metódico. La ciencia ha perdido el encanto de emanar autoridad, tal vez debido a las consecuencias tecnológicas e industriales no previstas por el llamado progreso, en consecuencia, la especialización es intrínseca a la modernidad reflexiva. La confianza en los sistemas abstractos está vinculada con los estilos de vida colectivos.

La modernidad destruye la tradición. Sin embargo, y esto es muy importante, una colaboración entre modernidad y tradición fue crucial para las fases tempranas del desarrollo social moderno: el periodo durante el cual el riesgo era calculable en relación a las influencias externas. Esta fase concluyó con el surgimiento de la alta modernidad o lo que Beck denomina modernización reflexiva (Giddens, 1997: 118).

Para Giddens, el peor enemigo de la tradición es la reflexividad institucional, ésta da lugar al vaciamiento de los contextos locales de acción y de manera paralela al creciente distanciamiento espacio-temporal. La globalización afecta al individuo, a lo local, socava los sistemas abstractos tradicionales y se producen acciones a distancia que rompen la unión espacio-tiempo; se abren infinitud de cursos de acción, dudas permanentes, pocas seguridades. Así, en esta nueva conformación social, los medios masivos de comunicación y la informática juegan un papel relevante; ponen en evidencia las ventajas y desventajas, los éxitos y las precariedades, la justicia y la injusticia que esta modernidad tardía expresa y muestra a escala global.

El vaciamiento de la tradición se convierte en uno de los aspectos predominantes de las sociedades modernas tardías, que da lugar a infinitud de estilos de vida, derivados del auge de los *mass-media*, la informática y la generación de dudas permanentes. En el orden postradicional, aun en las sociedades más modernas, la tradición no desaparece por completo y, en algunos contextos, incluso puede llegar a



florecer mediante discursos o prácticas sociopolíticas. Así, las costumbres locales que perduran tienden a desarrollar significados diversos, se convierten en reliquias o hábitos. La finalidad es tratar de terminar los conflictos entre valores y modos de vida diversos para evitar la contingencia y propagar de nuevo el orden perdido.

Para Giddens es posible consolidar un nuevo orden basado en la confianza, que se construye desde los lazos de la intimidad hasta el sistema de expertos, es un orden que descansa en la promesa de las grandes recompensas. Un orden social descentralizado en lo que se refiere a las autoridades, pero recentralizado en cuanto a oportunidades y dilemas. Sigue sustentando la posibilidad de la renovación del compromiso político, de una democracia que se construye cotidianamente, desde la cama hasta el parlamento, lo que él denomina posibilidades de democracias dialógicas hasta la democracia de las emociones. La tercera vía se convertirá en el proyecto político que Giddens defiende, la reconstrucción de la socialdemocracia europea y su renovación se convierten en el marco en donde poner en práctica la política frente a un mundo que se ha transformado: "...la tercera vía se refiere a un marco de pensamiento y política práctica que busca adaptar la socialdemocracia a un mundo que ha cambiado esencialmente a lo largo de las dos o tres últimas décadas. Es una tercera vía en cuanto es un intento por trascender tanto la socialdemocracia a la antigua como el neoliberalismo" (Giddens, 1999: 38).

La intención de este trabajo no es señalar las bondades o los defectos de la propuesta política de Giddens sobre la socialdemocracia, nos interesa la propuesta teórica que el autor plantea sobre la modernidad tardía como herramienta metodológica para explicar algunas particularidades que se presentan en la realidad mundial y en las democracias occidentales.

AMBIGÜEDAD, INDIVIDUALIZACIÓN Y SUBPOLÍTICA

Ulrich Beck, uno de los expositores más destacados de la modernidad reflexiva, centra su análisis en tres categorías eje: la ambigüedad, los procesos de individualización y la subpolítica. El progreso, afirma, puede convertirse en autodestrucción. La modernización reflexiva significa un cambio en la sociedad industrial que se produce de forma subrepticia y no planeada "...a remolque de la modernización normal,



de modo automatizado, y dentro de un orden político y económico intacto que implica lo siguiente: una radicalización de la modernidad que quiebra las premisas y contornos de la sociedad tradicional y que abre vías a una modernidad distinta” (Beck, 1997a: 15).

El problema fundamental radica en los riesgos ambientales que las sociedades industriales han provocado. Sustenta la idea de un caos civilizatorio propiciado por las formas de producción adoptadas; una sociedad que se pone en peligro a sí misma: las decisiones humanas y los efectos industriales que tendieron a controlar todo hoy se enfrentan a la fragilidad de la civilización. Distingue tres clases de peligros ambientales globales: a) conflictos a causa de “ineficiencias” (*bads*) producidos por “éxitos” (*goods*); es decir, los daños condicionados por la riqueza y los peligros técnico-industriales (el agujero de ozono, el efecto invernadero, la manipulación genética y las técnicas de transplante); b) los daños ecológicos condicionados por la pobreza y los peligros técnico-industriales;³ y c) los peligros de un conflicto por recursos vitales.⁴

Esta terrible problemática ambiental resquebraja el tradicional sistema de seguridad. Los daños pierden su delimitación espacio-temporal para convertirse en globales y permanentes.

Los peligros percibidos abren a la decisión social unos automatismos al parecer completamente bloqueados. Lo que los directivos y científicos trataron y decidieron injustificadamente a puerta cerrada debe justificarse ahora de repente en todas sus consecuencias en el foro de las controversias públicas (Beck, 1998a: 70).

Así, a diferencia de Giddens, Beck no piensa que el sistema de expertos pueda generar un orden confiable. Muy al contrario, establece que todo el sistema de racionalidades, creadas y difundidas por los

³ Señala la estrecha relación entre pobreza y daños medioambientales, pero enfatiza que mientras las amenazas ecológicas condicionadas por la riqueza resultan de la exteriorización de los costos de producción, los cuales se distribuyen de manera planetaria, las ligadas a la pobreza se originan *in situ*, se internacionalizan sólo como efectos secundarios y aparecen a mediano plazo. Los desechos tóxicos y las grandes tecnologías obsoletas son trasladados a los países pobres por las grandes compañías, amenazando la salud y calidad de vida de los habitantes de las naciones pobres que, al carecer de medios institucionales y políticos apropiados, no pueden repeler los daños resultantes.

⁴ Al agotarse éstos por el uso intensivo y extensivo de las sociedades industriales, se pueden generar posibilidades para el advenimiento de regímenes fascistas, conflictos regionales y una espiral de destrucción cuyos efectos se añadirían a una gran crisis mundial.



expertos con relación a la sociedad industrial, ha creado una realidad única que conduce a patrones y fórmulas obsoletas que no pueden dar cuenta de la materialidad a la cual nos enfrentamos. Esta realidad se caracteriza hoy por la ambivalencia, la cual permea todos los campos del saber: la ciencia, la política, la sociedad y al mismo individuo. La civilización del riesgo nos impone la ambivalencia "...una nueva clase de racionalidad científica (lógica de investigación, reglas de procedimiento, teoría y metodología experimental y un replanteamiento del procedimiento subsistémico de revisión inter-pares de los resultados)" (Beck, 1998a: 50). Así, la ciencia ya no sólo se sirve de la duda, ésta rompe y destruye las frágiles certezas enarboladas, lo que hoy queda claro es que la precaución y las consecuencias no esperadas son los nuevos patrones que habría que considerar en los planteamientos científicos.

En contra de todo universalismo que construya certezas, se hablará de verdades que contienen a la duda; pero sobre todo Beck enfatiza que la realidad está permeada por la ambigüedad y que el mayor reto lo constituye la habilidad de poner en práctica las diferenciaciones inclusivas. Se vale de la conjunción copulativa "y", rompiendo con la posibilidad de elección única en la explicación científica, política y hasta social. La modernidad reflexiva se asienta en la desconfianza de los sistemas de certezas y abre la puerta a la ambigüedad, a la incertidumbre.

En la fase de la sociedad de riesgo, el reconocimiento de la incalculabilidad de los peligros desencadenados con el despliegue técnico-industrial obliga a efectuar una autorreflexión sobre los fundamentos del contexto social y una revisión de las convenciones vigentes y de las estructuras básicas de racionalidad (Beck, 1997b: 212).

En contra del orden religioso que confería toda explicación a Dios; o del orden de la razón que se asentaba en la fuerza del conocimiento; o del orden del progreso que se apoyó en la esperanza del bienestar social, el orden construido por la modernidad reflexiva se enfrenta al caos, producto de la falta de seguridades que el rompimiento con las verdades incuestionables provocó. La disputa por el orden es el combate frente a la ambigüedad, la ambivalencia, la oscuridad, lo difuso, lo azaroso del caos. El caos, lo otro del orden, es la negatividad. Es la repulsa de todo lo que el orden se afana por ser.





Según Beck, la falla clave de la sociedad industrial fue haber establecido y enarbolado una racionalidad, un orden, unas certezas que se afirmaron en la ciencia y en la política, sin tomar en cuenta las consecuencias no esperadas de las decisiones tomadas y las posibilidades de caos. La racionalidad teleológica deja su paso a los efectos colaterales que se convierten en el motor de la historia social. La sociedad industrial, el orden burgués, en particular el Estado benefactor, pretendieron convertir los contextos de vida humana en una estructura controlable, elaborable, disponible, atribuible. “Estas certezas conducen a pensar que los riesgos surgen, precisamente, con la imposición del orden de la racionalidad teleológica, pero las cuestiones de riesgo suprimen y disuelven este orden al establecer posibilidades que no excluyen nada, pues en ellos anida la ambivalencia” (Baumann, 1997: 80).⁵

La reflexividad e incalculabilidad se propagan por todas las sociedades y nadie puede ser ajeno a ellas. El orden y la visión unidimensional dejan de ser un referente para la explicación de la realidad social, de las nuevas identidades o los movimientos sociales. Su lugar pasa a ser ocupado por lo incierto, lo contingente, lo ambiguo. El viejo orden se hace pedazos y las ambivalencias de la civilización del riesgo afloran por doquier. “Con esta crisis de autoseguridad de la sociedad industrial la incertidumbre pasa a ser el modo básico de experimentar la vida y la acción” (Beck, 1997b: 219).

Para Beck, la gran paradoja es que no son las crisis, sino algunos triunfos del capitalismo, los que producen la nueva sociedad. La desintegración de la sociedad industrial no se da por el efecto desencadenado de la lucha de clases, sino por el proceso normal de continua e insistente modernización. Por ello, la modernización reflexiva desintegra y sustituye los supuestos culturales de las clases sociales por formas individualizadas de la desigualdad social. Esto no significa la desaparición de las clases sociales, sino la profundización de la desigualdad que ya no queda adscrita a ninguna de ellas en particular, sino que es diseminada temporal, espacial y socialmente.

⁵ “Las temáticas del riesgo no pueden ser trasladadas a las cuestiones del orden, ya que estas, por así decir, ahogan el pluralismo inmanente al riesgo y transforman, bajo mano y tras las fachadas de la estadística, las decisiones en cuestiones de moral y de poder. Dicho de otro modo: las temáticas del riesgo compelen —prudentemente— al reconocimiento de la ambivalencia.



En este sentido, la sociedad de riesgo ya no aglutina las desigualdades en clases, sino que éstas son tan intensas, tan evidentes, que todos estamos sujetos a ellas. La angustia, la no certeza, la inseguridad y la desigualdad es vivida de forma individual y de manera permanente y cotidiana. Esta desigualdad e incertidumbre se viven en las diferentes estructuras donde el sujeto participa. Cabe mencionar tres casos: a) *la familia*, los cambios ocasionados en el interior de la estructura familiar por las transformaciones radicales que se viven en los roles que desempeñan hombres y mujeres. Al salir las mujeres del ámbito privado al público, al desempeñar infinidad de labores, al expandirse las necesidades de conseguir trabajo, las familias han experimentado una aguda transformación y sus estructuras y presupuestos se han modificado; b) *los centros de trabajo*, las políticas de flexibilización laboral incorporadas en los años recientes, han provocado que todos estemos posibilitados a vivir una forma especial de desempleo, convirtiéndose éste último en un elemento activo en la vida de cualquier persona; c) *el caos ecológico*, es decir, los terribles costos en salud y calidad de vida de los habitantes de cualquier lugar del planeta, provocados por el modelo de desarrollo adoptado.

La sociedad industrial, el Estado benefactor y el orden burgués, crearon estructuras que expresaban ficciones de seguridad, hoy resquebrajadas y remplazadas por posibilidades de acción compulsiva, en las cuales vivir y actuar en la incertidumbre se convierte en una especie de experiencia básica. La individualización significa la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y, con ella, la compulsión de encontrar y buscar seguridades inéditas para uno mismo y para los que carecen de ellas. Pero también significa nuevas interdependencias, donde lo individual se conecta con lo global. La individualización es una compulsión a fabricar y autodiseñar no sólo la propia biografía, sino también los compromisos, las redes de relaciones y las preferencias para enfrentar la vida como experiencias envueltas en riesgos personales. Al existir una infinidad de modelos que rompen los esquemas tradicionales, la conformación de la identidad se convierte en una biografía a elección, una biografía en donde el individuo escoge, decide y elige, por ello se multiplican las interrogantes tanto personales como sociales.

Individualización significa, en primer lugar, el proceso de desvinculación y, en segundo lugar, el proceso de revinculación a nuevas formas de vida de la sociedad

industrial en sustitución de las antiguas, en las que los individuos deben producir, representar y combinar por sí mismos sus propias biografías. De ahí el nombre de individualización. La desvinculación y revinculación (por utilizar los términos de Giddens) no ocurren por casualidad, ni voluntariamente, ni a través de diversos tipos de condiciones históricas, sino de una vez y en las condiciones generales del Estado de bienestar en la sociedad industrial avanzada, tal como ha evolucionado a partir de los años sesenta en numerosos países occidentales (Beck, 1997a: 28).

Las estructuras tradicionales como la familia, la escuela, el sindicato o los propios centros de trabajo, se transforman, emiten discursos ambivalentes y amplían las opciones y decisiones biográficas de los sujetos. Cabe mencionar que en la modernidad tardía, la interpelación de sujetos y la construcción de nuevas identidades, quedan atravesadas por la influencia de la informática, el internet y los medios masivos de comunicación, que pasan a ocupar un lugar preponderante en la constitución subjetiva.

Este tipo de individualización no se reduce a lo privado, se extiende también a la política. Hoy los individuos son interpelados por una compleja interacción discursiva que proviene de las estructuras. Ya no se generan mensajes únicos. En esta etapa del desarrollo industrial se encuentran permeados por un mundo caótico, contradictorio, plagado de conflictos, de inciertas luchas cotidianas por el poder, de ambivalencias. Así, aquellas áreas de toma de decisiones que habían quedado protegidas de lo político en el capitalismo industrial —el sector privado, la empresa, la ciencia, las ciudades, la vida cotidiana, etcétera—, en la actualidad se encuentran atrapadas en los conflictos políticos de la modernidad reflexiva. Desde los años ochenta, en las sociedades occidentales asistimos al resurgimiento de la subjetividad política, fuera y dentro de las instituciones. Para Beck, la subjetividad de la política genera un individuo consciente, activo, relacionado en redes; grupos ciudadanos reunidos mediante compulsiones con posibilidades de fabricar compromisos y obligaciones sociales. Un individuo que une lo local con lo global. Formas de acción, de protesta y de compromiso político diferentes que, producto de la incertidumbre en que se vive, desafían las antiguas categorías políticas.

La subpolítica se distingue de la *politics* (procesos de conflicto político relativos al reparto de poder y las posiciones de poder), en primer lugar, en que a los



agentes externos al sistema político o corporativo se les permite aparecer en el escenario del diseño social (este grupo incluye grupos de profesionales y ocupacionales, la *intelligentsia* técnica en fábricas, instituciones de investigación y cuadros de gestión, trabajadores cualificados, iniciativas ciudadanas, la opinión pública, etcétera) y, en segundo lugar, en que no sólo los agentes sociales y colectivos, sino también los individuos compiten con estos últimos y entre sí por el creciente poder configurador de lo político (Beck, 1997a: 38).

Según Beck, hablar de subpolítica implica una transformación importante: se trata de cambiar el poder y reconfigurar la sociedad desde abajo; grupos que hasta ahora no estaban inmersos en el proceso de tecnificación e industrialización (ciudadanos, opinión pública, movimientos sociales, grupos de expertos, entre otros), tienen y adquieren espacios de participación en la organización de la sociedad. Se presencia la pérdida de importancia del poder central, con el surgimiento de una serie diversa de actores en el escenario político.

En términos generales, la propuesta de Beck establece a la individualización como un proceso de bifurcación de la ambivalencia en los mensajes y discursos de las estructuras sociales, que permite la construcción biográfica a elección. Así, se asumen los riesgos individuales de las decisiones tomadas, abriéndose un sinfín de posibilidades que pueden conducir a procesos en los que el individuo consciente, activo y comprometido con esta realidad permeada de incertidumbre e inseguridades globales, genere nuevas formas de organización, participación y respuesta social, en redes de acción que pueden conectar lo local y lo global, lo individual y lo colectivo. La subpolítica pone en evidencia el papel de los nuevos actores, identidades y movimientos en la conformación política. Se deja de lado al poder central del Estado, para darle un peso potencial a los actores de la llamada sociedad civil y la puesta en práctica de una nueva forma de hacer y ejercer la política desde abajo.⁶

⁶ De esta manera, la política cobra en la modernidad reflexiva otra dinámica y las discusiones se centran en tres dicotomías: 1) seguridad-inseguridad, 2) interior-exterior y 3) político-no político. 1) La antítesis seguridad-inseguridad se basa en que tanto riesgos como peligros son representaciones culturales y normas institucionalizadas sobre la seguridad; las dos determinan lo normal fuera de los límites de peligro o riesgo. Así, las directrices culturales surgidas en la historia, establecen en el debate público qué tipo de incertidumbres y amenazas para la vida han de catalogarse como normales, y qué otras han de ser ignoradas; éstas



Cabría mencionar, en primer término, que la ambigüedad entendida para Beck como el fin de las certezas únicas, de los universalismos incuestionables y la diversidad de opciones, abre un abanico de posibilidades para la ciencia, la política y las respuestas sociales. Coincidimos con este autor en la riqueza explicativa que este discurso lleva consigo: el cambio como motor social, lo no prescrito, lo no teleológico, lo no predeterminado. La apuesta política de Beck consiste en la individualización que de la sociedad de riesgo se deriva y en la conciencia que éste adquiere en la modernidad reflexiva. Es el individuo consciente de riesgos ecológicos, nucleares, económicos y políticos el que, mediante su acción, se une a otros y forma redes de movimientos “globales” que logran oponerse a las formas de consumo y producción industrial, proponiendo cambios sustantivos en la sociedad en la cual viven. Este individuo consciente, reflexivo, mantiene acciones permanentes, constantes y coordinadas que le permiten acceder al ámbito político y enriquecer la llamada subpolítica, donde infinidad de actores, movimientos, organizaciones no gubernamentales, asociaciones, etcétera, irán ganando espacios.

últimas, en caso de ser minimizada o encubierta su importancia, pueden conducir a protestas, revoluciones, rebeliones, exasperación social, derrocamiento de gobiernos, etcétera. Las infracciones en la seguridad son el núcleo de conflicto de la sociedad industrial, se refieren a los derechos a la vida y a la supervivencia. La amenaza colectiva que se vive como resultado de la sociedad industrial no proviene del exterior, sino de aquellos colectivos de autoridad que desde dentro deben garantizar la seguridad y el orden, el derecho y la prosperidad. 2) Lo interior-exterior supone una relación donde el “y” juega un papel fundamental debido a: a) la falta de límites entre estos dos extremos atendiendo a que hoy los peligros son globales; b) esta no limitación de los peligros generaliza y extiende las amenazas a lo largo y ancho del planeta y c) la necesidad de despertar la reflexión sobre los nuevos límites. 3) En la antítesis político-no político se vislumbra un pesimismo sobre el progreso que la sociedad industrial propagó con tanto ahínco. La modernización reflexiva no alude a un paraíso en el que el infortunio se diluye; por el contrario, conduce a nuevas histerias y reflejos de derrota. La modernización reflexiva se evidencia por una nueva determinación de lo político tras la clausura de la sociedad industrial: la modernización simple remite a la imagen de estructuras que los actores reproducen; la modernización reflexiva proyecta la imagen de estructuras que los actores transforman. Las estructuras pasan a ser el objeto de los procesos de acción y cambio social. El desplome de los supuestos de la tradición, eleva la acción de los individuos al centro de la política; individuos que viven la incertidumbre, las inseguridades y la ambigüedad global y que se relacionan en redes que plantean soluciones locales pensando globalmente. Se trata pues de la reconstrucción de una sociedad civil que parte del individuo; de actores diversos, complejos y comprometidos, donde la política se construye por inseguridades; por la forma como lo interno pasa a la arena pública, y por la prioridad de la agencia sobre la estructura.



BECK Y GIDDENS: CONFRONTACIÓN O COMPLEMENTO

Para estos autores la reflexividad no es algo buscado por las sociedades industriales; éstas contienen en su seno al riesgo, la incertidumbre y la contingencia. Las decisiones tomadas por el desarrollo político y económico devienen situaciones inesperadas y no deseables. Así, puede entenderse por reflexividad, por un lado, los avances del sistema que destruyen el mundo; por el otro, mayor conocimiento, verdades dudosas e individuos críticos.

Los dos autores comparten el mismo contexto de análisis: una sociedad globalizada y en constante riesgo, que rompe con los esquemas localistas y reparte problemáticas que no pueden encerrarse en fronteras físicas, tal sería el caso de los problemas ambientales o las crisis económicas. Tanto para Giddens como para Beck existe en la modernidad reflexiva una transformación del tiempo-espacio que se liga a los procesos de globalización. Para Giddens, la desvinculación que la modernidad efectúa sobre el espacio-tiempo aleja, cada vez más, las relaciones sociales del espacio localizado y fomenta las relaciones a distancia. Para Beck, la ruptura espacio-temporal cobra dimensiones explícitas en las orientaciones y prácticas que los habitantes de diferentes países asumen frente a la globalización. Concomitantemente, en la sociedad reflexiva se vive un presente eterno, las personas se encuentran permanentemente ocupadas, el tiempo se vive lleno, pleno de actividades. Las sociedades tradicionales, por el contrario, están habitadas por personas oprimidas en un tiempo superabundante y superficial que no se puede llenar. Los habitantes de la sociedad reflexiva viven en el tiempo, el espacio no significa nada para ellos, pues toda distancia puede neutralizarse; los moradores de la sociedad tradicional viven en el espacio, un espacio que es arduo, inamovible, intocable y que sujeta al tiempo.

Beck profundiza y señala que la globalización va unida a la localización; así, la globalización no sólo supone la deslocalización sino que presupone la relocalización. Se propone entonces la construcción del término *glocal*. Espacio local que está referido a la realidad global y que combina formas regionales y mundiales; la glocalización es un espacio de nueva estratificación en el ámbito mundial; lo que para unos es libre elección, para otros es destino implacable. La globalización se aprecia y es asible en lo pequeño y concreto, en la propia



vida y en los símbolos culturales locales, ello conduce a que la representación de este mundo glocal este resquebrajado por infinidad de conflictos (Beck, 1998a: 84-85).⁷

Cabe señalar que tanto para Beck como para Giddens, el proceso de globalización crea vínculos y espacios transnacionales, redes de relaciones regionales-globales que abren posibilidades de poder, orientaciones, identidades e infinidad de escenarios. La sociedad de riesgo para Beck ha dado lugar a que las desigualdades ya no sean expresión de una sola clase social; los peligros, los riesgos y la incertidumbre se viven de manera individual. Se generan los procesos de individualización. La ambivalencia de mensajes que emiten las estructuras sociales heredadas de la sociedad industrial, el orden burgués y el Estado benefactor, dan por resultado la elección, la opción y la construcción de biografías propias que rompen con los roles tradicionales heredados de la sociedad industrial. Para Giddens, los diversos estilos de vida irrumpen en la escena política por los grandes cambios ocasionados por el vaciamiento de las sociedades tradicionales. Se crean una serie de incertidumbres que ponen en riesgo la seguridad del individuo, el cual busca un reanclaje que le permita acceder a ciertas certezas, actos postradicionales entre los que destacan la pulsión emocional a la repetición o la compulsión que conduce a adicciones.

Una diferencia entre Giddens y Beck radica en la terminología utilizada y el matiz que cada uno de ellos da a las instituciones. Para Giddens, la interpelación de sujetos y la construcción de identidades pasa por la destradicionalización; este caos institucional da pie a que el individuo defina su estilo de vida entre una infinidad de discursos y mensajes. Para Beck, el caos institucional deriva de la crisis del Estado benefactor, la sociedad industrial y del orden burgués, los cuales provocan la sociedad de riesgo, la individualización de desigualdades y la construcción de biografías hágalo usted mismo. Si para Giddens el peso del caos institucional está en la pérdida de terreno de la tradición, para Beck son las propias estructuras sociales emanadas del industrialismo las que provocan la infinidad de biografías.

⁷ Lo glocal se caracteriza por ser construcciones de mundos imaginarios que personas y grupos de cualquier latitud suministran, intercambian y viven con significaciones diferentes. Las culturas glocales no están vinculadas a ningún lugar ni a ningún tiempo, carecen de contexto, son una mezcla de componentes dispares, recogidos de todas partes.



Estilos de vida e individualización derivan de la crisis institucional, Giddens da mayor peso a la tradición, Beck al Estado benefactor.

Los dos autores se refieren al resquebrajamiento de las instituciones, sus discursos y prácticas. Giddens profundiza con mayor énfasis en la influencia de la tradición, al apuntar los procesos de desanclaje y vaciamiento. Este autor revalidará el papel preponderante que jugó la tradición en las sociedades industriales como eje aglutinador de visiones de mundo, prácticas sociales y constructor de verdades incuestionables, y planteará el reanclaje de los individuos en el orden postradicional a través de hábitos, compulsiones o reliquias. Beck, por su parte, menciona a las instituciones emanadas del Estado Benefactor como las certezas incumplidas que hoy se enfrentan al riesgo y a la ambivalencia, por ello establece que los nuevos anclajes de la sociedad reflexiva ya no están basados en certezas incuestionables, sino en verdades que contienen en sí mismas la duda, y hace hincapié en el desastre medioambiental provocado por el progreso técnico-industrial.

Giddens, caracteriza a la modernidad reflexiva por los procesos de destradicionalización, por el vaciamiento, su apuesta será la búsqueda de nuevos anclajes, de certezas basadas en la confianza en el sistema de expertos, para hablar de una defensa social e individual que acabe con la terrible contingencia, con el desorden de la sociedad de riesgo. Para Beck el riesgo y, sobre todo, la ambivalencia, la no confianza, las inseguridades, permean el contexto: las estructuras, la ciencia, la política, las acciones sociales y al propio individuo. Para él no se trata de restablecer certezas perdidas, sino de vivir en las contingencias producidas. Esta es una de las diferencias importantes que pueden marcarse, y que dan paso a distintas percepciones sobre el futuro inmediato de las sociedades.

Scott Lash analiza, tanto el texto de *La sociedad de riesgo* de Beck como las *Consecuencias de la modernidad* de Giddens, en donde ambos examinan la reflexividad estructural. Plantea que Beck analiza las instituciones científicas en el contexto de la crítica ecológica, mientras Giddens pone atención en lo que respecta a las reglas y recursos de la sociedad. Y aquí radica una diferencia sustancial entre estos autores, mientras Giddens confía y plantea la posibilidad de un nuevo orden basado en la hermenéutica científica del sistema de expertos; Beck propone una creciente libertad respecto a los sistemas de expertos y una crítica a ellos. La reflexividad estructural —afirma—

implica una libertad respecto a los sistemas de expertos y de la ciencia dominante; la reflexividad se basa en la desconfianza. Giddens alude al orden, Beck señala el cambio. Las inseguridades provocadas por el riesgo son un tema común para ellos, sólo que las soluciones son distintas. Beck apunta que el cambio social, la reflexividad —posibilitada por la individualización— consiste en la minimización de los riesgos ambientales; Giddens acentúa que los riesgos son de corte psíquico y social (la inseguridad ontológica). Su respuesta es la mediación del sistema de expertos. “Beck considera a los sistemas de expertos como obstáculos para conseguir la seguridad, Giddens los considera como instrumentos que nos ayudan a alcanzar esa seguridad” (Lash, 1997: 146).

Esta diferencia sobre la modernidad reflexiva, que pareciera no tener un peso importante en los planteamientos de cada autor es, a nuestro juicio, relevante; explica de alguna forma la participación de Giddens en el gobierno de Tony Blair. Asienta su fe en los sistemas de confianza que los expertos pueden proporcionarnos, y apuesta a la conformación de nuevos referentes que lleven a generar seguridades y promesas inéditas; lograr de manera rutinaria significados que permiten reponer la seguridad ontológica perdida, y restablecerla mediante la confianza en el sistema de expertos. Así, a primera vista, parecería que Beck y Giddens se complementan. En cierto sentido lo hacen. Los dos describen una realidad global llena de riesgos e inseguridades, pero sus respuestas son contrapuestas: uno apuesta al orden, el otro al cambio.

Desde nuestro punto de vista, el cambio sigue siendo el motor de la explicación social, y creemos en la fuerza que en este argumento tendría la sociedad civil, los movimientos sociales y las nuevas identidades. Existe en estos planteamientos un predominio de la agencia sobre las estructuras; un potenciamiento de los sujetos: posibilidades positivas de subjetividad autónoma respecto de nuestros entornos natural, social y psíquico. Se sugiere una reflexividad estructural donde la agencia es liberada de las constricciones de la estructura social. Tal vez sea esta la propuesta novedosa y fructífera que retomamos de la exposición. Desmenuzando estas teorías encontramos que, mediante ellas, podemos profundizar en el análisis de movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales y la propia sociedad civil en un contexto de riesgo, globalización, incertidumbre y contingencia.



Cabe mencionar que no pretendemos encasillar a la realidad mundial en esta teoría, ni forzarla a que cumpla con los principios que estos autores establecen para las sociedades europeas occidentales; sin embargo, habría que reconocer que, querámoslo o no, vivimos en una sociedad arrastrada por los procesos de globalización, por riesgos compartidos mundialmente, en una total incertidumbre, lejos de seguridades y donde ningún orden está garantizado.

IDENTIDAD Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Nuestra postura como investigadores se centra en demostrar la importancia que la sociedad civil puede tener en la conformación de una sociedad más democrática. Consideramos que la participación social, la amplia información y las distintas formas de organización, terminarán por ser parte de la espina dorsal de las prácticas políticas. Creemos que existen condiciones para avanzar en la construcción de un espacio público que conecte a la sociedad civil y al Estado.

De entrada, cabe la pena mencionar que el rompimiento de las viejas instituciones y la creación de nuevos discursos e imágenes provocadas en la sociedad de riesgo devendrán sociedades, identidades y movimientos híbridos. El contacto, deseado o no, con el resto del mundo, con la sociedad global, implica una mezcla interesante de culturas, espacios, tecnologías, saberes e información que hoy se difunden y conocen a través de la informática, los medios masivos de comunicación y la red, dando lugar a identidades diversas, complejas y multiformes. De la misma manera, la diversidad de estilos de vida y de construcciones biográficas *self made*, se vuelve el eje central de la conformación de sujetos; si a ello agregamos que en la sociedad de riesgo los peligros son para todos (aunque algunos estén mejor preparados frente al peligro, dadas sus condiciones materiales, educativas, formales, etcétera) encontramos que los individuos deberán adoptar posturas más conscientes, acciones de vida que cuestionarán las decisiones a las cuales la sociedad industrial nos condujo.

Para Giddens, en la modernidad tardía se crean consecuencias negativas que afectan la vida cotidiana de todos los que habitamos el planeta; entre ellas, mencionamos antes, destacan los peligros nucleares, las crisis económicas, el caos ecológico y la constitución de estados totalitarios; amenazas que muestran, con más nitidez que antes,

el control instrumental. La combinación de los riesgos con la caída de los centros de control da lugar a respuestas sociales, a diferentes estilos de vida, interrelacionados local-globalmente, a compromisos políticos y a la aparición de nuevos movimientos sociales: “la política de la vida —relacionada con la autoactualización humana en el nivel de lo individual y de lo colectivo— surge de la sombra que la política emancipatoria ha proyectado” (Giddens, 1997: 45).

Hoy la cohesión social no puede garantizarse mediante la acción vertical del Estado ni mediante el apego a la tradición. “Hemos de construimos nuestras vidas de un modo más activo que las generaciones anteriores, y tenemos que aceptar más activamente responsabilidades por las consecuencias de lo que hacemos y por los hábitos de estilo de vida que adoptamos” (Giddens, 1999: 50).

Las formas de desarrollo asumidas en la modernidad y la globalización conducen a consecuencias no previstas que hoy no pueden ser dejadas de lado; están allí, son vigentes y rompen con el idealismo del progreso lineal. El autoritarismo, las crisis nucleares, el caos ecológico y los colapsos económicos incitan a nuevas respuestas sociales y estilos de vida, un compromiso político consciente donde lo local y lo global se unen. Por ello, señala la importancia de los nuevos movimientos sociales, respuestas que están dirigidas a la autorrealización, a una política local-global emancipatoria y a la construcción de un sistema postescasez. Distingue así cuatro movimientos sociales que proporcionan pautas de transformación futura de las consecuencias que la modernidad y la globalización han provocado: a) movimientos democráticos que valoran y luchan por la libertad de expresión, proclaman la participación democrática de todos los estamentos y pretenden generar un orden mundial coordinado contra el autoritarismo; b) movimientos por la paz que pretenden la desmilitarización, la trascendencia de la guerra y el fin de las crisis nucleares; c) movimientos ecológicos (contracultura) que pugnan por la humanización de la tecnología y un sistema de cuidado del planeta y d) movimientos obreros que intentan crear un sistema postescasez, una organización económica socializada contra las crisis económicas (Giddens, 1993: 123-160).

En la modernidad tardía la vida social se presenta abierta, con una pluralización de contextos de acción e infinidad de autoridades, por ello la elección del estilo de vida es cada vez más importante en la constitución de la autoidentidad y en la actividad diaria. Las nuevas



identidades “reflexivas” se construyen a través de decisiones cotidianas, que delinean el estilo de vida y que toman en cuenta los riesgos, los cuales son filtrados por el conocimiento experto. Aun cuando podría parecer que estamos hablando de sociedades opulentas, individualizadas, construidas a partir de incertidumbre y riesgo, de decisiones personales, de una variedad de verdades, basadas en un sistema de confianza en los expertos, Giddens no desecha la idea de la desigualdad en la modernidad tardía y destaca al género y a la etnicidad como posibles focos de diferente acceso a las formas de realización individual y desigualdad social: “...no se debería olvidar que la modernidad produce diferencia, exclusión y marginación” (Giddens, 1993: 39). Así, el estilo de vida se refiere además a la toma de decisiones y a cursos de acción sujetos a impedimentos y rezagos materiales; y también éstos pueden ser construcciones de rechazo a formas ampliamente difundidas de comportamiento y consumo.

Para Beck, los movimientos sociales surgen a partir de que las desigualdades ya no se depositan en una clase social, se individualizan y son comunes a todos. Las inseguridades, la incertidumbre y los riesgos tienden a la individualización, ello provoca que la política se descentralice y que hoy sean los individuos conscientes de sus problemas locales, los que se unan en redes, en organizaciones no gubernamentales, asociaciones y movimientos internacionales, para realizar acciones orientadas a definir cambios en donde se actúe localmente y se piense globalmente. Esta postura fortalece a la llamada subpolítica; frente a la caída del poder central, de las verdades universales, de las instituciones incuestionables, del fallido sistema de expertos científicos, los individuos conscientes de los riesgos tratarán de equilibrar mediante su participación activa y permanente los destrozos a los cuales nos condujo la sociedad industrial.

En la segunda modernidad, junto a la sociedad mundial de los estados nacionales, surge una poderosa sociedad mundial no estatal que se diferencia de las hasta ahora vigentes formas de legitimación política, sociedad mundial que se compone de actores transnacionales de muy diversa índole. Sus rasgos distintivos son los siguientes: 1. Actúan en muchos lugares, franqueando fronteras, incluso transnacionalmente, con lo que queda abolido el principio territorial del Estado nacional. 2. Su quehacer resulta, en muchos aspectos, más inclusivo y menos exclusivo que el de los actores estatales (así las empresas transnacionales y los activistas de Greenpeace actúan al mismo tiempo y en distintos estados, sus



miembros pertenecen a distintas naciones, etcétera). 3. Actúan a menudo de manera eficaz como instancias nacionales-estatales, conforme a los criterios de éxito esenciales para el quehacer estatal (por ejemplo, para eliminar el paro o asegurar el bienestar, pero también para denunciar judicialmente las violaciones de los derechos fundamentales); así, son también las empresas transnacionales que crean o destruyen el bienestar y puestos de trabajo en un lugar determinado; también Amnistía Internacional denuncia de manera pública —y bastante eficaz— las violaciones de los derechos fundamentales, que los estados silencian por motivos diplomáticos. 4. Los actores no estatales y transnacionales crean —por así decir— propia soberanía inclusiva al servirse de los estados territoriales exclusivos (Beck, 1998b: 146-147).

Tampoco Beck descarta la idea de que al provocarse infinidad de inseguridades, difícilmente delimitables, puedan surgir luchas de facciones en todos los niveles. La modernización reflexiva abarca un único dinamismo de desarrollo que, por sí mismo aunque en contextos diferentes, puede tener consecuencias opuestas.

En varios grupos culturales y en continentes diversos va acompañada de nacionalismo, pobreza masiva, fundamentalismo religioso de facciones y fe diversas, crisis económicas, crisis ecológicas, posiblemente guerras y revoluciones, sin olvidar los estados de emergencia provocados por grandes accidentes catastróficos; es decir, el dinamismo conflictivo de la sociedad del riesgo en el sentido más estricto (Beck, 1997a: 17).

En este contexto amenazador de nuestras sociedades, donde los peligros son globales, Beck no desecha la idea de que se puedan generar respuestas sociales que asomen a focos neonacionalistas o neofascistas que, por atavismos transhistóricos, se han atesorado y acumulado en conceptos reprimidos y en forma de vivencias colectivas como pueblo, nación, identidad étnica y que ahora explotan de manera cruenta. La revitalización de lo ancestral brota del reflejo del encapsulamiento producido en vista de los difusos peligros globales que ya no son predecibles, que rompen cualquier seguridad. El orden de la guerra fría queda hecho pedazos, un buen número de individuos recurre a lo arcaico, echan mano de barreras para protegerse ante lo impropio. La pérdida de orden —la ilimitabilidad de los peligros que hoy pululan— es lo que ha favorecido el repliegue tras lo ancestral. Se trata de defender la ilusión perdida, la ilusión de un mundo único.



A partir de estas explicaciones, es necesario señalar que a modo de tipos ideales proponemos tres movimientos sociales propios de la modernidad reflexiva. Por un lado, se presentan *movimientos conscientes*, es decir, movilizaciones de individuos conscientes, activos, unidos local y globalmente a través de redes de acción que pugnan por la resolución de problemas globales, cuyas particularidades son el contacto permanente con las nuevas tecnologías, medios masivos de comunicación, información de cualquier recóndito lugar, la separación del espacio físico, el rompimiento con los patrones tradicionales, la construcción de biografías *self made* y la revaluación del papel que, como sujetos, tienen en la política. Este tipo de movimientos sociales estaría fundamentalmente preocupado por las crisis económicas, los derechos laborales y humanos, el caos medioambiental, los conflictos nucleares y la necesidad de una amplia participación política de la totalidad de los sectores sociales en todos los ámbitos. Tanto las identidades como los movimientos sociales que nacen en los países que viven de manera contundente la modernidad reflexiva estarían contemplados en este primer modelo. Así, la modernidad reflexiva abre posibilidades para encausar la acción social consciente de manera global, ésta se presenta como un trampolín que permite brincar a la construcción de una sociedad multiforme en donde se plasmen infinidad de discursos, culturas e identidades, inmersas y profundamente conscientes de los peligros que hoy vivimos.

En este primer modelo las recientes movilizaciones de Seattle, Davos, Washington, Melbourne y Praga son expresiones vivas de una situación donde la incertidumbre, la ambivalencia, la persistencia del caos ambiental, de la marginalidad y la pobreza en algunos países se convierten en el referente de las movilizaciones sociales. Individuos conscientes que tienden redes y se manifiestan por una regulación del proceso global que todos enfrentamos.

Es interesante mostrar cómo las preocupaciones básicas de estas movilizaciones descansan en el proceso de globalización y los efectos que éste desata, así como también que la propia movilización conjuga diferentes intereses, individuos y problemáticas, utilizando a la globalización como trampolín de una serie de acciones, sujetos e identidades amplias y con un peso político importante en todo el planeta.

El segundo modelo plantea la posibilidad de que, en el mismo contexto de modernidad reflexiva, ante el riesgo, la ambivalencia y la pérdida del mundo único, se presenten movilizaciones sociales que



recurran a la defensa de las viejas tradiciones, de las certezas incuestionables, de seguridades plenas y del posible restablecimiento de la confianza. Hablamos de los *movimientos autoritarios* que, ante el riesgo, la pérdida de poder y los nuevos patrones culturales o tecnológicos actúan defendiendo formas tradicionales que van desde el ámbito económico hasta el político, religioso o cultural. En ellos las salidas políticas son de corte autoritario, excluyente y de fuerza. El ecofascismo, el neonazismo o el fundamentalismo son tres posibles escenarios. En este segundo modelo cabe destacar la fuerza que han cobrado en Europa no sólo los grupos neonazis, sino también los partidos de ultraderecha como sería el caso del Partido Libertad encabezado por Joerg Haider en Austria.

Por último, los *movimientos híbridos*.⁸ La modernidad reflexiva por sus propias características asume en los países emergentes la cara más terrible y caótica, los habitantes de estas regiones vivirán permanentemente y de manera cotidiana el caos ecológico, la marginación, la exclusión, el potenciamiento de las inseguridades ligadas a la insuficiente alimentación, vivienda, educación, un presente y futuro inciertos, pedregosos, que afectan no sólo a comunidades, sino a los individuos que en ellas habitan. El deterioro medioambiental, las crisis económicas recurrentes, el autoritarismo político y los peligros nucleares, aunque son problemas globales, se viven de manera más aguda, diferenciada y costosa para las sociedades emergentes; en ellas los movimientos se caracterizan por actuar con sus modos y prácticas, defender lo perdido pero en un contexto de riesgo, incertidumbre y caos. Al sentirse excluidos por el nuevo modelo actúan tradicionalmente, defienden sus espacios, pero al mismo tiempo utilizan los foros y medios prestados de la globalización (medios masivos, internet, etcétera) y sus movimientos se conectan a todo el mundo. Como ejemplos de este tercer modelo están los casos de Ecuador y Venezuela, lugares donde surge una ola que arrastra y lleva a situaciones de autoritarismo nacionalista legitimado (Venezuela), sitio en el que un gobierno elegido democráticamente adopta posturas militaristas y populistas, apoyado por cientos de movimientos sociales de corte tradicional. O los levantamientos indígenas del Ecuador,

⁸ Cuando hablamos de híbridos no negamos que toda sociedad está plegada de prácticas, consumo e ideas de diferentes sociedades, sino que nos referimos a un modelo típico de acción que combina el resguardo de lo conocido y utiliza los medios de la globalización.



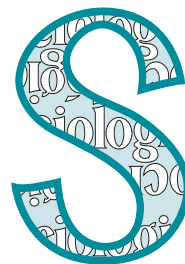
donde una movilización encabezada por indígenas y militares, dirigida en contra de las medidas neoliberales asumidas por un gobierno democrático, culmina en algo parecido a un golpe de Estado que fugazmente toma el poder.

Así, en un mundo cada vez más globalizado y en un contexto de riesgo permanente, los movimientos sociales se convierten en piedras angulares para el estudio de las posibles transformaciones sociales. Nos parece relevante destacar que si bien hoy existen posibilidades de movimientos sociales referidos a problemáticas globales, a peligros mundiales, a una mayor responsabilidad en lo individual, a una política de un individuo activo y permanentemente informado, a una elección de estilos de vida; también esta modernidad, que se vive a fuerzas en sociedades híbridas, que se carga como un riesgo no decidido sino vivido, como una ola que arrasa con las certezas, el orden y la tradición, que provoca y es el telón de fondo de graves desigualdades, impedimentos, rezagos materiales y respuestas sociales que resultan de la diferencia, la exclusión y la marginación y por ello defienden lo conocido, la tradición, la posibilidad de aferrarse a un orden que se va, que se aleja. Se trata de respuestas y movimientos que enaltecen lo local, lo particular, el rechazo a formas ampliamente difundidas de comportamiento y consumo, y que son enarboladas y difundidas por la propia especificidad de la globalización y los medios que ésta ha creado. En ocasiones, puede también darse pie a reacciones autoritarias donde la tradición, el centralismo político o los valores religiosos y morales vuelven a cobrar fuerza.

Estos tres tipos señalados no se presentan de manera aislada y única en las sociedades; la combinación, las particularidades y el contexto propio generan infinidad de respuestas en amplios espacios; así como hallamos movimientos conscientes en las sociedades netamente reflexivas, en ese preciso espacio podrían surgir movimientos autoritarios o híbridos e igual sucede en las sociedades emergentes donde podremos encontrar los tres tipos de movimientos o combinaciones de ellos. Los modelos aquí descritos pueden tener variantes, presentarse simultáneamente y en el mismo sitio; es decir, es posible encontrar movimientos neonazis en Alemania, los Estados Unidos o en sociedades emergentes, al lado de movimientos ambientalistas unidos en redes o en defensa de derechos de minorías, pero ello no invalida las características señaladas.



Para nosotros, queda claro que la lección más importante sobre la modernización reflexiva es el fortalecimiento de los sujetos; la existencia de un predominio de la agencia sobre la estructura, el creciente poder de los actores sociales, el retroceso de las viejas estructuras suplantadas por las estructuras informativas y comunicativas. Sólo el fortalecimiento de la sociedad civil y de los sujetos que en ella intervienen a través de movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales y asociaciones, podrá revalorar el ámbito de la política mediante la participación activa, amplia y permanente.



BIBLIOGRAFÍA

- Baumann, Z.
1996 "Modernidad y ambivalencia", en Beriain, J., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
- Beck, U.
1996 "Teoría de la modernización reflexiva", en Beriain, J., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
1997a "La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva", en *Modernización reflexiva*, Alianza Universidad, Madrid.
1997b "Teoría de la sociedad del riesgo", en Beriain, J., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
1998a *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona.
1998b *La sociedad del riesgo*, Paidós Básica, Barcelona.
1999 *Hijos de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Beck, U. et al.
1997 *Modernización reflexiva*, Alianza Universidad, Madrid.
- Beriain, J.
1996 *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
- Giddens, A.
1993 *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
1996 "Modernidad y autoidentidad", en Beriain, J., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
1997 "Vivir en una sociedad postradicional", en *Modernización reflexiva*, Alianza Universidad, Madrid.
1999 *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, Madrid.
- Lash, S.
1997 "La reflexividad y sus dobles: estructura, estética, comunidad", en *Modernización reflexiva*, Alianza Universidad, Madrid.
- Luhmann, N.
1996a "El concepto de riesgo", en Beriain, J., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
1996b "La contingencia como atributo de la sociedad moderna", en Beriain, J., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, Barcelona.
1998 *Sociología del riesgo*, Universidad Iberoamericana/Triana Editores, México.